

LA VIDA HEROICA DEL HOMBRE VULGAR

Víctor García Hoz

Summary: THE HEROIC LIFE OF THE VULGAR MAN. Recently passed away Spanish professor Víctor García Hoz indicated, in this reedited conference, the paradigm of the stimulus of the great one in the incorporation of the humble one in the educative action. The dialogue between Don Quixote and Sancho allows us to clarify many formative aspects that are essential for the contemporary man. Sancho approaches Don Quixote, rises towards his master, lives on hopes, surpasses the hardest tests, and became perfect. Finally, the author explains the secret of this wonderful transformation of the vulgar man.

Key words: education and improvement, faith, freedom, hope, human person, realism, society, values.

Résumé: LA VIE HÉROÏQUE DE L'HOMME VULGAIRE. Víctor García Hoz, l'éducateur espagnol de prestige international récemment décédé, a indiqué, dans cette conférence rééditée, le paradigme de l'encouragement du grand dans l'incorporation de l'humble durant l'action éducative. Le colloque entre Don Quichotte et Sancho permet d'éclairer de nombreux aspects formatifs qui sont essentiels pour l'homme contemporain. Sancho s'approche de Don Quichotte, s'élève vers son maître, vit ses espérances, surmonte les plus durs obstacles et se perfectionne. Finalement, l'auteur explique le secret de cette transformation merveilleuse de l'homme vulgaire.

Mots-clés: éducation et perfectionnement, espérance, foi, liberté, personne humaine, réalisme, société, valeurs.

DON VÍCTOR GARCÍA HOZ murió, ya octogenario, hace pocos meses, en su España natal. Había estado en varias oportunidades desempeñando tareas en Colombia: en los últimos años de la década del 50 como asesor del Ministerio de Educación Nacional, y posteriormente ejerciendo su cátedra magistral pedagógica en la Asociación para la Enseñanza (ASPAEN), la entidad fundadora de la Universidad de La Sabana y ya de más de una treintena de entidades educativas en los diversos grados. En el desarrollo de las ciencias de la educación durante el siglo XX, Don Víctor tiene un puesto de honor, y sus enseñanzas y sus discípulos abarcan muchos países y más de un continente. Para recordarlo hoy, nada

Todos hemos oído o leído en muchas partes que el signo de nuestro tiempo es lo social; un signo de contornos demasiado imprecisos para que pueda significar con claridad. Pero, en fin, parece que este signo social quiere decir que las distintas manifestaciones de la vida humana, malas y buenas, riqueza, placer, poder, no son ya cosa de unos pocos sino de todos los hombres. Después de tantas vueltas como el mundo ha dado, parece que han llegado ya los tiempos en que el rico ha de partir sus riquezas con los pobres, el que puede lograr el placer ha de procurar también que todos los alcancen, el que tiene el poder ha de compartirlo con los demás, y el hombre culto ha de hacer partícipe de su cultura al ignorante.

Y como son en mucho mayor número los pobres que los ricos, los débiles que los poderosos y los incultos que los cultos, la mirada del hombre actual se dirige hacia la multitud. Es muy frecuente la miopía que hace al hombre ver en la multitud la masa, sin tener ojos para descubrir la comunidad. Porque cuando se ve un gran número de hombres como sujetos de dere-

más apropiado que volver a publicar una de sus mejores páginas, la que recoge una de sus célebres conferencias, que sigue de cerca el trasiego cervantino, espejo de docentes, que se dio entre el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha y su fiel escudero Sancho Panza, a lo largo de su relación amistosa y fecunda. Como lo hizo siempre Don Víctor en su cátedra, las enseñanzas revisten en sus palabras —dirigidas siempre a sus alumnos de todas clases y presencias—, toda la hondura sapiencial y la amabilidad gozosa de quien cumple su oficio de maestro con sencillez y trascendencia. El siguiente ensayo breve fue publicado inicialmente en la entrega N°11 de la revista ARCO, de las Áreas Culturales Bolivarianas, en 1960.

chos u objeto de conmiseración, suele desaparecer el hombre y quedar sólo el número; en la masa pierde su contorno cada hombre para confundirse, es decir, para derretirse y mezclarse, para dejar de ser un hombre y trocarse en un poco más de cantidad que añadir a las otras cantidades en que se han convertido los demás.

Ante la masa humana caben dos actitudes opuestas: o se considera que ella es la Humanidad, y entonces nada superior puede concebirse, o se le piensa justamente como la negación de la Humanidad, porque destruye al hombre, con lo cual nada peor puede haber. Soberanía de la masa, desprecio de ella.

La comunidad implica la permanencia de los valores de cada persona; de suerte que, frente al cuerpo compacto de la masa, presenta el cuadro de la armonía.

Mas si hablamos de permanencia de valores de cada persona, ¿no nos cerramos con eso a la comunicación? En cuanto yo poseo un valor y otro posee otro distinto, ¿no nos hacemos

incomunicables por eso mismo? Tomando el caso extremo en el terreno histórico o social, ¿cómo el hombre vulgar puede comunicarse con el hombre noble? Es absurdo pensar que la comunidad esté cerrada a algún tipo o clase de persona humana; en ella han de caber el hombre refinado y el zafio, el hombre culto y el inculto, el capaz de mandar y el hecho para obedecer; en suma, el héroe y el hombre vulgar. Cuando la multitud se ordena para convertirse en comunidad, entonces el hombre que aparentemente sólo sirve para ser masa, se incorpora a las grandes empresas de la vida, colabora personalmente, humanamente, con aquel otro que por formación y dotes personales es capaz de ver y sentir originariamente los caminos altos de la existencia humana.

Tal vez las cualidades heroicas, precisamente por serlo, son incomunicables, y entonces, ¿cómo es posible la comunicación entre el héroe y el hombre vulgar? Podría hacerse un trabajo de tesis para demostrar que es posible no sólo una relación de conocimiento sino también una colaboración entre el hombre noble y el hombre bajo. Llegaríamos a concluir que la vida es lo suficientemente compleja y variada para que, dentro de su identidad sustancial en todos los hombres, quepan diferencias accidentales que determinan las distintas formas de vida humana; estas formas son comunicables y participables, de tal suerte que un hombre predominantemente entregado a una forma de vida puede participar, y participa de hecho, en otra; la proyección psicológica de las anteriores afirmaciones está en el hecho de que ninguna tipología humana puede hablar de la existencia de tipos puros.

Dejando, no obstante, el camino del razonamiento abstracto, podemos entrar por la vía del ejemplo dando la mano al príncipe de nuestras letras, que en su obra maestra puso de manifiesto cómo el hombre más vulgar, más grosero y más bajamente interesado participó con el

cuerpo y con el alma en la empresa más heroica, más noble y más idealmente desinteresada.

Sancho Panza entró en el mundo de la caballería andante, y entró de tal suerte que su vida escuderial fue más firme y duradera que la caballescía del propio Don Quijote; sin salirse de su nivel de escudero, igualó y en alguna manera fue superior al héroe que le mostró y le introdujo en un extraordinario camino de la vida.

NACIMIENTO DE SANCHO

A lo largo de todo el libro cervantino asistimos a una lucha sorda, muchas veces inconsciente para el propio Sancho, entre lo que él es y el influjo elevador de Don Quijote.

El mismo origen de Sancho nos lo muestra diferente y opuesto a los demás personajes de *Don Quijote*. Nacido el héroe por la transformación de Alonso Quijano en Don Quijote de la Mancha, él crea los restantes personajes, que advienen así nombrados por la nobleza y elevación del propio caballero. «Unas armas tomadas de orín y llenas de moho», un morrión simple con cartones y unas barras en rutilante armadura y «celada finísima de encajes». Su rocín, «aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballero de Gonela», se convirtió en Rocinante, nombre «alto, sonoro y significativo», como correspondía a un caballo al cual no igualaban ni Bucéfalo ni Babiaca. Y cuando ya armas, caballo y nombre de caballero tenía, coronó Don Quijote su obra creadora buscando «una dama de quién enamorarse»: Aldonza Lorenzo, «moza labradora», se transformó en Dulcinea del Toboso, nombre que se encaminaba al de princesa y gran señora, «músico, peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto»¹.

1 *Don Quijote de la Mancha*, Primera Parte, cap. I.

Frente a esta idealización de las cosas y personas que rodean a Don Quijote, es la vida misma, en su aspecto más bajo, el de las necesidades materiales, y por boca del personaje más innoble, un ventero socarrón «no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiante o paje»², la que determina la aparición de Sancho. Sancho no fue creado por Don Quijote; algo tan negado a la idealización como es la necesidad de tener dineros y otras cosas necesarias impusieron al escudero en la vida del caballero andante³. A lo largo de casi cuatro siglos de exégesis cervantina, Sancho es la realidad frente a la idealidad. Desde su advenimiento al mundo quijotesco, Sancho es una cosa aparte y enfrente de cuanto rodea cotidianamente al caballero.

Frente a la noble ambición de gloria operante en Don Quijote, Sancho es el vulgar ambicioso que apenas ha tropezado la aventura ya quiere de ella sacar el provecho tras del cual se enroló en la vida caballeresca. Apenas Sancho vio a su amo en la batalla con el caballero vizcaíno, «rogaba a Dios en su corazón fuese servido de darle Victoria o que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador como se lo había prometido. Viendo, pues, ya acabada la pendencia..., le dijo: 'Sea vuestra merced servido, señor Don Quijote mío, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado'...»⁴. Le importan a Sancho los sucesos de su amo en cuanto en ellos pueden encontrarse satisfechos sus deseos.

Frente a la finura que lleva en sí toda nobleza, Sancho Panza es la representación de la grosería que prefiere la satisfacción de un placer material a la compañía acogedora y delicada de un espíritu superior. Difícilmente se encontrará en todo el *Quijote* un pasaje donde la

caballería andante se nos presente más entrañable que cuando el caballero, captando el convite y sentado a la rústica mesa de unos cabreiros, le dijo a su escudero:

Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán a pique están los que en cualquier ministerio della se ejercitan de venir brevemente a ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí a mi lado y en compañía desta buena gente, te sientes, y que seas una mesma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor; que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice: que todas las cosas iguales⁵.

Del mismo modo, difícilmente se descubrirá otro lugar donde Sancho caiga tan bajo como aquí, cuando a las palabras, señoriales y cariñosas, de Don Quijote dio la contestación más despreciativa e hiriente, poniendo sobre el ofrecimiento de su amo la pezuña del regodeo animal en la comida:

¡Gran merced! —dijo Sancho—; pero sé decir a vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y a mis solas como sentado a par de un emperador. Y aun, si va a decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme a menudo, no estornudar ni toser si me viene en gana, ni hacer cosas que la soledad y la libertad traen consigo.

Probablemente, la señal más extendida de la vulgaridad es la incapacidad de encontrar satisfacción en las cosas inmateriales, lo cual viene a ser tanto como incapacidad de inhibición frente a nuestras tendencias espontáneas. Cuando la espontaneidad se convierte sin más en norma de vida, se llegan a poner tan humanas como la soledad y atributos tan nobles como la libertad. Hace falta un trabajo continuado y largo para que el hombre vea la razón y llegue a

2 Primera Parte, cap. II.

3 Primera Parte, cap. III.

4 Primera Parte, cap. X.

5 Primera Parte, cap. XI.

hacer realidad el vencimiento de la vida espontánea por la vida espiritual; se necesita mucha riqueza de alma para que la soledad sea ambiente de perfección y para que la libertad sea realmente el atributo del señorío humano.

En oposición al noble desinterés de Don Quijote, Sancho Panza se nos presenta dominado por la avaricia, obediente al afán de lucro tan común en el hombre encorvado cotidianamente hacia la tierra. Explicable es que de la pérdida de su rucio por obra de Ginés de Pasamonte no se consolara Sancho sino en virtud de una cédula de cambio que le prometió Don Quijote para que le diesen tres pollinos «en su casa, de cinco que había dejado en ella»⁶. Mas donde ciertamente el afán de lucro llega a corroer las más típicas creaciones de la fantasía caballeresca es en ocasión de querer Sancho Panza dedicarse a la venta del bálsamo de Fierabrás. Cuando se enteró de la existencia y maravillosas virtudes de tal bálsamo, hasta a la ínsula renunció para dedicarse al pequeño negocio, cuyo resultado le hacía brillar los ojillos de avaricia.

Si eso hay —dijo Panza—, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios (complaciente juez de sí mismo), sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor; que para mí tengo que valdría la onza, adondequiera más de a dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente⁷.

ACERCAMIENTO DE DON QUIJOTE

Estos rápidos brochazos son suficientes para mostrar que no se ahorran las tintas oscuras al retratar a Sancho. Le hemos visto, nacido de la malicia humana, con lo poco que de espíritu tiene, aburguesado por el sueño de una vida

descansada y sin grandeza ninguna, ni siquiera en las concupiscencias que le comen: avaricia, vientre, estrecha ambición de mandar. Pues bien, este hombre, desde el límite inferior de la escala humana, va a participar en la vida noble del más noble caballero.

El proceso de elevación de Sancho comenzó por el acercamiento de Don Quijote a él. Vale la pena meditar sobre el primer contacto del caballero y del que había de ser su escudero; surgió porque Don Quijote se había convencido de la necesidad de tener escudero, y es ejemplar esta idea de Don Quijote respecto a Sancho, porque ha de ser el grande, el cultivado, quien se ha de acercar al pequeño, al inculto, puesto que la capacidad de percibir y comprender otras formas de vida no puede radicar en el hombre vulgar; si éste es capaz de apreciar otro modo de vivir, ya deja de pertenecer al vulgo. El contacto entre los hombres de abajo y los de arriba nace de una llamada de quien está más alto. No habría vida sin un descenso del padre hasta el hijo, no habría educación sin un descenso del maestro hasta el discípulo, y en última instancia no habría redención sin una bajada de Dios hasta el hombre.

En este tiempo —escribe Cervantes— solicitó Don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se le puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale, entre otras cosas, Don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase, en quitarme allá esas pajas, alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer y hijos y asentó por escudero de su vecino⁸.

En el trabajo de convencerle, Don Quijote entró hasta la intimidad de Sancho; no se con-

6 Primera Parte, cap. XXI.

7 Primera Parte, cap. X.

8 Primera Parte, cap. VII.

formó con un convencimiento externo, si así puede hablarse, sino que llegó a la persuasión; para lograrla, no disimuló las condiciones de la empresa a que lo llamaba, desplegó ante Sancho la locura de la vida de aventuras y utilizó el recurso que primariamente mueve a los humanos: la promesa. Mas aunque el objeto prometido, el gobierno de una ínsula, tal vez algo mejor aún, halagara la tendencia natural de poder, de lucro o de vida cómoda en Sancho, tuvo ya una primera virtud: hacer de él un hombre que vive de esperanzas.

SANCHO, HOMBRE QUE VIVE DE ESPERANZAS

He de advertir que no digo ser buena cosa decidirse a abandonar la vida cotidiana por el gobierno de una ínsula, sino la transformación que en el alma de Sancho se opera: de ser un hombre que vive con el estímulo de las cosas presentes y materiales, la cosecha, el cultivo, la tierra, pasa a ser un hombre que vive estimulado por una esperanza. Hay un salto clarísimo desde la vida puramente sensible a la vida fundada en algo irreal. Con el primer paso que Sancho Panza da de la mano de Don Quijote abandona una vida limítrofe con la animal, para introducirse en un mundo radicalmente distinto, en un mundo esencialmente humano, y hasta, si se apuran un poco las cosas, en un mundo nimbado por la gloria de los elegidos, cuya característica es justamente vivir apoyándose en una promesa. Cuando en una vida vulgar se enciende la esperanza, todas las cosas cobran un nuevo sentido, se agrandan rompiendo los límites temporales para trascender al futuro.

La esperanza, ya como virtud, ya como pasión, determina el estado psíquico en el cual la vivencia del tiempo es más intensa, lo cual vale tanto como decir que la distensión del alma es mayor. De aquí que la magnanimidad fluya

suavemente, sin esfuerzo, del alma esperanzada. Y ésta fue la primera lección que Sancho aprendió de Don Quijote: a ser grande en su ambición y en su esperanza. Al terminar la primera conversación entre el caballero y el escudero, Sancho manifiesta la duda de que su mujer valga para reina o para cualquiera otra elevada situación a la que pueda verse llamada cuando se haga realidad el encumbramiento de Sancho.

—Encomiándolo tú a Dios Sancho— respondió Don Quijote [...]; pero no apagues tu ánimo tanto, que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado.

—No haré, señor mío— respondió Sancho—, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar⁹.

Apoyado en la grandeza del señor, el escudero se encara con las cosas grandes. Y no es que Sancho se haya elevado de golpe al mundo de nobleza en que vive Don Quijote; es largo y dificultoso el camino; muchas veces va a aparecer el Sancho vulgar y ambicioso que quiere tocar cuanto antes el fruto de su trabajo. Mas, de una parte, la realidad impone dilaciones en el logro del bien esperado, que son otras tantas ocasiones de purificar los deseos pancescos; y de otra, la compañía y conversación de Don Quijote están siempre operando para reavivar la escuderil esperanza. Cuando después de la batalla del vizcaíno Don Quijote hizo advertir a Sancho que en aventuras tales no se ganaban ínsulas, éste, le agradeció las palabras y le besó la mano. Pero ¿besó la mano de quien le negaba algo? No; se la besó, no porque le negara la ínsula, sino porque le reavivó la esperanza: «Aventuras se ofrecerán —le dijo— donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante»¹⁰.

9 Primera Parte, cap. VII.

10 Primera Parte, cap. X.

La compañía del caballero hizo aparecer en Sancho un motivo más para participar en las empresas quiijotescas: la adhesión personal. La adhesión personal es sentimiento propio de quien se ve inferior a otro; en la juventud, precisamente por lo que ésta tiene de conciencia de su propia debilidad, se da esta actitud, que puede ser llamada adhesión sentimental al héroe. Quizá pudiera parecer que, al mencionarla como sentimiento de quien se ve inferior a otro, rebajamos implícitamente su valor; sin embargo, la adhesión personal incluye salud espiritual en quien la posee, porque no puede haber adhesión sin complacencia en la superioridad de aquél a quien os adherimos, lo cual vale tanto como decir que la adhesión personal es la actitud opuesta al resentimiento y a la envidia. Sólo la salud espiritual de la juventud o de la humildad hace posible la adhesión personal.

En cuanto lazo efectivo del pequeño y el grande, la adhesión personal hace posible el apoyo del humilde en la grandeza del héroe; mas en este apoyarse hay también una participación en la vida del grande. Tal participación se puso de manifiesto en la aventura de los batanes, cuando, por encima del espantoso miedo que Sancho tenía, fue capaz de determinarse a no dejar a su amo «hasta el último tránsito y fin de aquel negocio»¹¹.

La unión efectiva entre el héroe y el humilde o, si se quiere de otro modo, la familiaridad entre el hombre grande y el vulgo, suele traer consigo la pérdida de la grandeza del héroe a los ojos de su inferior. El no haber hombre grande para su ayuda de cámara se debe a que la popularidad de un jefe no es resultado de una situación rotundamente extremosa; es, como en tantas otras situaciones de la vida, producto de un difícil equilibrio. El jefe popular necesita relacionarse con el pueblo; la órbita del jefe y la

de la vida popular han de entremezclarse para que pueblo y héroe participen en una misma empresa; mas el jefe ha de saber también mantener las distancias; si por una parte el jefe toma contacto con el pueblo, por otra parte ha de seguir superior a él, y estar en ocasiones hasta en actitud de reserva, porque igual que el vulgo se ennoblece al contacto con el héroe, el héroe se aplebeya al contacto con el hombre vulgar. Si el inferior llega a tomar posesión del alma grande, desaparece la grandeza, desleída en la mediocridad. Don Quijote llamó a Sancho a participar en su vida de caballería, le dio parte en su trato íntimo; mas cuando Sancho quiso poner la burla de su alma baja sobre el esforzado ánimo del caballero, dos palos del lanzón midiéndole las espaldas le dieron también medida de la diferencia que ha de hacerse entre señor y criado¹². Adhesión personal, participación en la vida del héroe, familiaridad, mas ordenando estas situaciones, el respeto, que originariamente no es otra cosa que la actitud subsiguiente a la mirada o consideración de lo que una persona es.

Cuando la mirada se dirige a algo superior a nuestra experiencia corriente o a nuestra capacidad de comprensión, nos admiramos. La vivencia heroica no es corriente en el hombre vulgar y el apartamiento que he dicho necesario en el jefe deja algo de su vida incomprendido para el hombre inferior; de suerte que la admiración es sentimiento que necesariamente se da frente al hombre grande. En la admiración existe el mínimo sentimiento negativo de sí mismo que hemos visto en la adhesión personal; mas en el admirarse cabe una doble vertiente afectiva: la alegría, cuando la proximidad de lo admirable es vivida como un ensanchamiento del propio ser, o el miedo, cuando tal proximidad nos oprime porque el objeto admirado se presenta amenazador en su misterio.

11 Primera Parte, cap. XX.

12 Loc. cit.

Antes de la admiración por el héroe hablé de adhesión personal; no parece que esta actitud sea compatible con el miedo, de suerte que en la admiración por el grande a quien se está unido afectivamente no cabe otro sentimiento que la alegría por su presencia o, recíprocamente, el dolor por su ausencia. La ocasión del molimiento de su amo en la aventura de los disciplinantes dio ocasión a que Sancho Panza manifestara su admiración por Don Quijote:

—¡Oh flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha y aun de todo el mundo, el cual faltando tú en él quedará lleno de malhechores sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡Oh liberal sobre todos los Alejandros, que por solos ocho meses de servicio me tenías dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! [...]. En fin, caballero andante, que es todo lo que decir se puede¹³.

Podría ir examinando muchas menudas manifestaciones de la unión de Sancho con Don Quijote; mas todas ellas pueden resumirse en el que es centro de un gran círculo de sentimientos y determinantemente de multitud de actitudes: el amor. La cualidad que purifica y eleva al amor es el desinterés, el olvido de sí mismo por el bien del amado, la renuncia a todo otro deseo por la presencia de aquél a quien se ama. La compañía de Don Quijote durante su segunda salida engendró el amor del escudero; cuando volvieron a su aldea, Don Quijote se había metido en el corazón de Sancho desplazando todo otro objeto que pudiera ser punto de partida para actitudes materializadas.

Prendido por la ambición, Sancho se unió a Don Quijote; de la unión material con su amo surgió la adhesión personal; y la compañía del caballero hizo germinar el amor por la misma vida caballerisca.

PROFESIÓN CABALLERESCA DE SANCHO

En la primera parte del libro cervantino asistimos a una batalla constante entre el Sancho vulgar y el Sancho aparcerero en la vida caballerisca; estamos como ante el noviciado del escudero, durante el cual Sancho ha de ir fortaleciendo en sí mismo los hábitos y actitudes que le llevan a la vida noble, para poder al fin hacer la profesión de fe iluminada en el mundo de la caballería.

Y fue, precisamente, ante su mujer, la personificación de todo cuanto podía atraerle a la vida pueblerina, ante la que Sancho hizo la defensa más encendida de la andante vida caballerisca.

—Sólo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las más que se hallan no salen tan a gusto como el hombre querría, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado y de otras molido; pero con todo eso es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas a toda discreción sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí.

LA MÁS DURA PRUEBA

Pero le faltaba a Sancho probar con hechos que ésta su adhesión al caballero y a la caballería era capaz de vencer cuantas solicitudes vinieran del mundo grosero del que le despegó Don Quijote. La prueba fue dura por una doble razón: en primer lugar, por venir de su mujer, quien no era simplemente la copartícipe de la vida aldeana sino la persona a quien había de elevar Sancho con su propia elevación, y, en segundo lugar, porque la incitación se agarró a la concupiscencia más arraigada en Sancho, la codicia.

13 Primera Parte, cap. LII.

La vida pueblerina entera confluyó a los labios de Teresa Panza para combatir cualquier ilusión de tipo caballeresco que en la mente de Sancho pudiera haber asentado; cuando su mujer recibe a Sancho le pregunta por la saboyana o los zapatos que para ella o los hijos había sacado de su escudería¹⁴; después, toda la conversación con su marido es una oposición rotunda a las zarandajas de ínsulas, gobiernos y señorías; dinero, dinero, dinero es lo que hace falta¹⁵. El ataque es demasiado fuerte para que Sancho, verde aún su incorporación al mundo de la caballería, pudiera resistir. Cabizbajo y con más rodeos que de costumbre en su lenguaje villano, se decidió el escudero, empujado por su mujer, a realizar petición tan inaudita como la de un salario fijo por sus servicios.

Voy a parar –dijo Sancho– en que vuestra merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere y que el tal salario se me pague de su hacienda; que no quiero estar a merced que llegan tarde o mal, o nunca¹⁶.

No parece que la petición de salario sea un ataque frontal a la orden de caballería; mas el acceder a tal demanda equivaldría a sustituir en el terreno de los hechos las normas de la caballería andante por los modos plebeyos de vivir. Cuanto más elevado es un tipo de vida, con mayor exigencia de fidelidad se nos presenta. Don Quijote, entregado de un modo absoluto y perfecto a la caballería, sabe que este vivir le exige romper todo lazo que a él se oponga:

–Mira, Sancho; yo bien te señalaría salario si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplos que me descubriesen y mostrasen por algún pequeño resquicio qué es lo que solían ganar cada mes y cada año; pero... no me acuerdo haber leído que ningún caballero andante haya recono-

cido salario a su escudero; sólo sé que todos servían a merced. Si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustáis de volver a servirme, sea en buena hora; que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballería andante es pensar en lo excusado¹⁷.

Después de estas palabras rotundas, expresión de una rotunda actitud, vino la razón que sirve para nuestro esquivable afán de utilidad; «y advertid, hijo, que vale más buena esperanza que ruin posesión»¹⁸. A cambio de exigir fidelidad absoluta, la vida noble nos ofrece algo que, aun sin realidad contable, es superior al bien material que se alcanza en la vida vulgar. El fruto de aquel germen de esperanza puesto en la vida de Sancho durante la primera entrevista con Don Quijote está en peligro. En toda su crudeza se han planteado ahora frente a frente la esperanza en algo grande y la posesión de algo ruin. El Sancho prequijotesco se halla apoyado por su mujer, que no tiene por qué haber sufrido influencia de Don Quijote; más ya he dicho que en el escudero había aprendido el amor por su amo; y el amor, fuerte como la muerte, mató en Sancho Panza todos los impulsos que pudieran apartarlo de su señor.

Cuando Sancho oyó la firme resolución de su amo se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazón, porque tenía creído que su señor no se iría sin él por todos los haberes del mundo. Y más adelante: «enternecido y lleno de lágrimas los ojos», se declaró vencido sin remedio: «Yo de nuevo me ofrezco a servir a vuestra merced fiel y legalmente, también y mejor que cuantos escuderos han servido a caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos»¹⁹.

En el fondo, Sancho iba ya derrotado cuando hizo su petición; él estaba definitivamente

14 Loc. cit.

15 Loc. cit.

16 Segunda Parte, cap. V.

17 Segunda Parte, cap. VII.

18 Loc. cit.

19 *Ibid.*

ligado a Don Quijote; más la parte baja que hay en el hombre, la de Sancho en este caso, difícilmente se resigna en su derrota y busca medios de instalarse en la vida noble con disimulo y aunque sea en precario. La actitud definida y entera del caballero deslindó los campos y allá se quedaron las ambiciones adocenadas: alejadas de la vida de Sancho. El escudero puso de manifiesto su completa entrada en la órbita del caballero al bachiller Sansón Carrasco, que pudo con razón burguesa pensar que no era ya Don Quijote un loco solitario, porque tenía a su lado otro tan loco como él. Locura, a fin de cuentas, asentada en el amor.

AMBICIÓN DE FAMA

La profesión de fe en el mundo de la caballería andante y la ruptura violenta con las solitaciones de la vida vulgar nos muestran un Sancho que no sólo ha cambiado en lo exterior su monótona vida de destripaterrones por la de aventuras caballerescas, sino que en su mundo interior también han sido sustituidas las motivaciones plebeyas por los ideales próceres. Arrastrado por la vida de Don Quijote, las experiencias de su vida escuderial han ido creando un nuevo mundo de ideas hasta configurar un Sancho despegado de la tierra y viviendo en función de los mismos fines quijotescos.

Empezó por lo que de más bajo haya en el ideal del caballero: la ambición de la fama. No faltan en la primera parte del *Quijote* alusiones a este afán de la gloria en el recuerdo. Aparece tal deseo entrando tímidamente en el espíritu de Sancho, y dispuesto a convivir con el afán de lucro, móvil continuo del materialista escudero. Después de la batalla por el yelmo de Mambrino, Sancho habla como quien está dispuesto a hacer concesiones a cambio de llevar también su gato al agua. El escudero ve que aventuras como la del famoso yelmo dan poca

sustancia y piensa también que eso de hacer la guerra por propia cuenta no es negocio productivo. Para remediar esta situación propone a su amo abandonar la solitaria rebusca de aventuras y entrar a servir a algún emperador, o a otro príncipe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestra el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento; que, visto esto del señor a quien sirviéremos, por fuerza nos ha de remunerar, a cada cual según sus méritos, y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria²⁰.

En el texto mencionado parece que Sancho deja la perpetuación de hazañas únicamente para su amo, como una complaciente condescendencia con quien no tiene una visión real de la vida. Pero algo le andaba hurgando en el calletre y aun en el corazón empezando a desarticular su sosegado sistema de deseos y ambiciones; de tal manera que no se conforma del todo Sancho con que se escriban solamente las hazañas del caballero; tal vez con un poco de miedo, pero con más decisión, añade: «De las mías no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiales; aunque sé decir que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mías entre renglones»²¹. He aquí la primera entrada del deseo de fama en el mundo interior de Sancho.

Instalados en su conciencia, han de empezar por convivir los dos afanes en la vida del escudero: el afán de gloria, vacío y sin cuerpo, con el macizo afán de lucro, hermanados, aparecen en la conversación de amo y criado después de que éste hizo como que había ido con el mensaje a Dulcinea. «—Y vuestra merced no se cure de ir por agora a ver a mi señora Dulcinea —aconseja Sancho—, sino váyase a matar al gi-

20 *Ibid.*

21 Primera Parte, cap. XXI.

gante y concluyamos este negocio; que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho»²².

No tardará en ser desplazado el apetito de lucro por la comezón de la fama, quedando la esperanza de ser perpetuadas sus hazañas como única razón para participar en los peligros anejos a las aventuras. Cuando a Sancho le piden que suba a la grupa de Clavileño, le falta valor para acceder; mas cuando se ve obligado, no se queja de la inutilidad o del peligro; sólo acierta a quejarse de que no le den al escudero la fama que merece por acompañar al caballero.

—¿Hánse de llevar —se queja Sancho— los caballeros la fama de las aventuras que acaban mientras los escuderos llevan el trabajo? Aun si dijeran los historiadores: «El tal caballero acabó la tal y tal aventura; pero con ayuda de Fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla...». Pero que escriban a secas: «Don Paralipómenon de las Tres Estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos», sin nombrar la persona del escudero, que se halló presente a todo, como si no fuera en el mundo»²³.

EL PRIMER VENCEDOR DE DON QUIJOTE

En los movimientos sociales de tipo revolucionario se observa siempre un desbordamiento de los iniciadores por parte de las masas que en un principio siguieron el camino de sus conductores. Históricamente aparece la masa como una corriente de agua que se sale de la madre: es muy frecuente interpretar tal fenómeno como un derramamiento masivo fuera de los cauces de la razón; la masa no es razonable —se dice—; son las pasiones desbordadas. Y en el fondo, lo que acontece es que la masa, excesivamente razonable, acepta los principios que se le dan y saca «de hecho» las consecuencias, todas las

consecuencias, alguna de las cuales asusta a quien sentó las premisas.

En la vida de Don Quijote y Sancho nos encontramos con un fenómeno semejante, pero de signo contrario. La comezón de la fama fue sembrada en Sancho por Don Quijote; mas como en el espíritu del escudero no había muchas ideas, las pocas que existían operaban con fuerza singular; de tal suerte que hubo una ocasión en la que el caballero fue vencido por el escudero. Sancho Panza, el patán de estrecho cerebro, fue en verdad el primer vencedor de Don Quijote, porque con la sencillez de unos pocos pensamientos llegó a formular una aspiración más alta que la del caballero.

Ocurrió el singular trance en el sosegado caminar que Don Quijote y Sancho llevaban para recibir la bendición y buena licencia de la sin par Dulcinea, con las cuales el hidalgo manchego pensaba «dar felice cima a toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace más valientes a los caballeros andantes que verse favorecidos por sus damas». Don Quijote explicaba a Sancho cómo el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera, y hasta le señalaba el peculiar matiz que el deseo de fama ha de revestir en el cristiano. Y entonces, tras una no pequeña parrafada del leído caballero, la aguda simplicidad del escudero plantó una pregunta, primer lanzazo de una serie que daría en tierra con el orgullo del hidalgo.

—Y dígame ahora —replicó Sancho—: cuál es más: ¿resucitar a un muerto o matar a un gigante?

—La respuesta está en la mano —respondió Don Quijote—; más es resucitar a un muerto.

—Cogido le tengo —dijo Sancho—. Luego la fama del que resucita muertos, da vista a los ciegos, endereza a los cojos y da salud a los enfermos... mejor fama será... que la que dejaron y dejaren cuantos... caballeros andantes ha habido en el mundo.

—También confieso esa verdad—. Respondió Don Quijote.

22 *Ibid.*

23 Primera Parte, cap. XXXI.

¿No hay ya en estas palabras una derrota del caballero?

Toda la razón de ser de la vida y las aventuras de Don Quijote están en función de la, según él, más alta fama que pudiera alcanzarse; y se ve obligado a reconocer que hay una fama superior a la que proporciona la andante caballería. Mas no para aquí el vencimiento de Don Quijote; sigue apretando su criado con decir que tal superior fama es la que corresponde a los santos.

—Quiero decir —dijo Sancho— que nos demos a ser santos, y alcanzaremos más brevemente la fama que pretendemos;... más vale ser humilde frailecito... que valiente y andante caballero.

Tras estas palabras, la capitulación completa del caballero andante.

—Todo eso es así —respondió Don Quijote—: pero no todos podemos ser frailes²⁴.

Extrañas palabras en boca de Don Quijote de la Mancha, sólo explicables por el hondo sentimiento cristiano de toda su vida; en ellas está la mayor derrota de sus pensamientos caballerescos.

Tras esas suaves y humildes palabras se adivina la íntima tristeza, tal vez pasajera, pero real y profunda, del hidalgo manchego que se ve forzado a confesar que él no puede aspirar al más alto estado de la vida humana. Iba rompiendo lanzas y haciendo trotar a Rocinante por el mundo para que todos reconocieran no haber gloria más alta que la del caballero andante ni más alta hermosura que la de Dulcinea; y he aquí por dónde en la melancólica hora del anochecer y en el sosegado paisaje de la llanura manchega, entoldada por un claroscuro cielo que empieza a estar picoteado de estrellas, el

arrogante caballero se ve forzado a reconocer la existencia de una más pura fama en la que Dulcinea no tendría cabida. No fue el caballero de la Blanca Luna el primer vencedor de Don Quijote; su primera derrota la sufrió frente a Sancho, aunque, para fortuna del hidalgo, el trance no figura como batalla formal en la historia de la caballería.

CORONAMIENTO DE LA PERFECCIÓN DE SANCHO

Por caminos de discurso llegó Sancho a encontrar cuál es la más alta fama a que aspirar se pueda; mas con tal conocimiento y con el deseo de otra gloria, más baja pero también noble como la caballerescas, pueden coexistir ambiciones que mantienen al hombre apegado a la tierra; pero el Sancho que dialécticamente venció a Don Quijote iba, en el terreno de los hechos, a desprenderse también de toda motivación baja. El deseo de mando y el afán de lucro pueden permanecer en los ideales caballerescos, en cuanto éstos son vividos de un modo escuderil; concretamente, el sueño del gobierno de la ínsula, operante en Sancho, no implica despego completo de los móviles del hombre vulgar. Mas el camino de perfección de Sancho no acaba en el gobierno de una ínsula: se remata en el abandono de ella.

Sancho Panza llegó al colmo de sus ideales escuderiles: la ínsula Barataria se revistió de pompa y echó a la calle su alegría para recibir por su perpetuo gobernador el gran Sancho Panza.

Mas los acontecimientos no transcurrieron con arreglo a la pauta ideal de Sancho, y el flamante gobernador llegó a ver, con la clara visión que de las cosas de la propia experiencia, que los gobiernos de ínsulas no estaban bien. Tras de la tremenda noche en que los enemigos atacaron la ínsula y fueron vencidos, según todos afirmaban, por el valor del invencible brazo de Sancho, éste

24 Segunda Parte, cap. XI.

dejó el gobierno y los honores, abandonó sueños y realidades de grandezas, para abrazarse al símbolo viviente de la humildad y la vida sencilla, a su rucio, a quien abrazando,

Dio un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos dijo:

—Venid vos aca, compañero mío y amigo mío, y conllevador de mis trabajos y miserias; cuando yo me avenía con vos y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichas eras mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma dentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos²⁵.

A través de una agitada experiencia de vida aventurera, servida cada vez con más ilusión pero sustentada en el fondo por una ambición desorbitada, llega Sancho al descubrimiento de algo superior en valor al motivo que le arrancó de la vida hogareña. Sancho Panza llega al hallazgo del valor de la paz; los desasosiegos le hacen abandonar el gobierno de la ínsula.

Estamos de nuevo ante una dura prueba para Sancho, semejante a aquella de la petición de salario a Don Quijote. Entonces se le planteó con áspera nitidez el dilema de abandonar su participación en la vida caballeresca o su envejecido afán de lucro. Ahora Sancho ha visto que no le satisface el logro de la ambición que lo arrancó de su vida vulgar. ¿Abandonará a Don Quijote, el caballero que le metió en la cabeza los sueños de grandeza que tan estrepitosamente acabaron?

No; aparentemente Sancho se movía por la esperanza de una magna recompensa; mas en realidad Sancho siguió acompañando a Don Quijote con tal esperanza, no por ella; operaba

ya en él el sentido de su visión o, si se quiere otra palabra, operaba en Sancho la vocación. Podía desear ser gobernador de una ínsula, pero este deseo era ya accidental; abandonó la ínsula y, a pesar de ello, siguió aferrado a su vida escuderial. Y es que los trabajos servidos con vocación pueden empezar por móviles extremos y quizás poco altos, pero terminan éstos por pasar al segundo plano, porque adquiere la primacía lo que psicológicamente se llama alegría de la función, que es tanto como alegría o satisfacción por el trabajo mismo, independiente del éxito o de los resultados.

Sancho venció en esta prueba, y con tal victoria se coloca en un plano superior, en cierto modo, al de Don Quijote; cuando el caballero fue vencido, su ánimo quedó abatido; fue entonces el criado quien pudo animarle, apoyándose en la autoridad que le dio el haber abandonado la ínsula, siguiendo, no obstante, en su vida de escudero.

Salían de Barcelona y la triste mirada de Don Quijote se fijó morbosamente en el sitio donde había caído; el desarmado caballero se quejó de su amarga fortuna. Fue entonces Sancho el encargado de levantarle el ánimo:

—Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, ahora que soy escudero de a pie no estoy triste; porque he oído decir que esta que llaman por ahí Fortuna es una mujer borracha y antojadiza, y, sobre todo, ciega, y así, no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba, ni a quién ensalza²⁶.

PROSELITISMO

La manifestación más clara de la incorporación de una idea a la propia vida es el proseli-

25 Segunda Parte, cap. VII.

26 Segunda Parte, cap. LII.

tismo, la propaganda espontánea de tal idea. Dos son los móviles que pueden concurrir a la actividad proselitista: el amor a la idea, que nos lleva a desear su expansión, y el amor a los hombres, que nos lleva a desear para ellos la participación en lo que se nos aparece como bien.

Sancho llegó a estar radicalmente poseído por la idea de la vida caballeresca; y apenas atisbó un resquicio para hacer prosélitos, por él se lanzó a fin de atraer a su mundo a aquellas personas que le eran más cercanas: su mujer y su hija.

Mas la plenitud de Sancho coincidió con el declive de Don Quijote. La tarea escuderial de proselitismo se pudo planear, no respecto de la vida caballeresca propiamente tal, sino respecto de la que había de sustituirla: la de la vida pastoril.

La ocasión se presentó, cuando, forzado por su derrota, se le ocurrió a Don Quijote, dedicarse a la vida pastoril el año en que obligadamente debía dejar descansar las armas. A la primera insinuación del vencido caballero, Sancho encontró nombre para su mujer y buscó tarea para su hija. El nombre de su mujer no será «otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien —dijo Sancho— con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa... Sanchita mi hija nos llevará la comida al ható»²⁷.

Es de anotar que, aun cuando no pudieron realizarse estos planes, su simple formulación fue suficiente para mostrarnos a un Sancho capaz de comprender una forma poética de vida, sucedánea de la caballeresca. Ni en las palabras ni en la actitud de Sancho queda ya rastro de impureza en los móviles de su vida. Es el seguidor fiel que con rapidez y suavidad responde a las indicaciones del caballero; y cuando el ánimo de éste decae, se engrandece el servicio escuderial al hacer de sostén del espíritu caballeresco.

SUPERIORIDAD DE SANCHO SOBRE DON QUIJOTE

Aún ha de llegar suceso en el que veamos a Sancho agarrándose desesperadamente al mundo de la caballería, mientras el héroe declina y desaparece.

En tal ocasión se pone de relieve un nuevo aspecto, la continuidad, en el cual Sancho es superior a Don Quijote. Para que el caballero surgiera fue preciso que Alonso Quijano perdiera la razón, se deshumanizara; dejó de ser hombre para convertirse en un loco; prácticamente Alonso Quijano desapareció para que naciera Don Quijote de la Mancha; cuando éste se esfuma vuelve a aparecer Alonso Quijano. Alonso Quijano y Don Quijote son como dos personajes de una comedia representada por un solo actor: tiene uno que desaparecer de escena para que el otro pueda entrar.

Mas en Sancho la locura entró sin deshumanizarse; siguió con su razón, con sus refraneras razones, mientras poco a poco el mundo de la caballería iba invadiendo su ser hasta apoderarse por completo de él, sin que por eso la razón hubiera de ir retrocediendo hasta desaparecer. Pero como si ante la vida quijotesca la razón se marchara para no hacerse solidaria de la locura, en Sancho la razón permanece para ponerse al servicio de la caballería.

Cuando Sancho lloraba ante el lecho de Don Quijote en su última enfermedad, no lloraba simplemente la muerte de su amo y señor. Don Quijote, vuelto ya Alonso Quijano, le pide perdón por haberle arrastrado en su locura. La contestación de Sancho fue una llorosa petición de que volviera el caballero a sus aventuras. Y al apoyar Sansón Carrasco las razones de Sancho, el excaballero opuso la razón de su cordura.

27 Segunda Parte, cap. LXVI.

—Señores —dijo Don Quijote—, vamos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros de hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui Don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el bueno²⁸.

La razón de Alonso Quijano no es nido adecuado para los pájaros de las aventuras caballescadas: éstas han de refugiarse en el que fue estrecho caletre de Sancho, quien, por obra de Don Quijote, quedó definitivamente inserto en el mundo de la caballería. ¿Quién no se conmovió al pensar en lo que había de ser la posterior vida de Sancho? Si por el acercamiento de Don Quijote empezó a vivir de esperanzas, la desaparición del caballero dejó su vida, con toda certeza, atravesada por el recuerdo triste de una vida mejor que no puede él solo realizar.

EL SECRETO DE LA ELEVACIÓN DE SANCHO

Toda la vida escuderil de Sancho Panza fue una subida firme, difícil en ocasiones, desde la vulgaridad hasta la incorporación completa de la vida heroica.

El primer contacto con el héroe convierte al hombre vulgar, apegado a lo presente, en hombre que vive de esperanzas; se le ensancha el alma haciéndose capaz de empezar a comprender las formas elevadas de la vida humana.

A través de la adhesión personal, de la admiración y del amor al héroe, Sancho llega a amar la vida caballeresca en sí misma, en lo que tiene de vaciedad, tal la ambición de fama, y en lo que tiene de valor real, acepción del dolor y del peligro por el servicio de una causa noble. Y como tal amor la vida de la caballería se hace en Sancho compatible con su razón, en alguna ocasión este hombre vulgar llega a ser superior al héroe.

¿Y cuál es el secreto de tan maravillosa transformación del hombre vulgar?

Sancho mismo nos lo va a decir al mismo tiempo que se lo dijo a Don Quijote en la conversación que siguió a la aventura con el carro de «Las cortes de la Muerte».

—Cada día, Sancho —dijo Don Quijote—, te vas haciendo menos simple y más discreto.

—Sí, que algo se me ha de pegar de la discreción de vuestra merced —respondió Sancho—; que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen a dar buenos frutos; quiero decir que la conversación de vuestra merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído; la cultivación, el tiempo que ha que le sirvo y comunico; y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendición, tales, que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuestra merced ha hecho en el agostado entendimiento mío²⁹.

Difícilmente se encontrará otro lugar en el que con más claridad el sentido común habla de la acción educativa. En el coloquio transcrito aparece el caballero en su función educadora; la presencia y la comunicación con Don Quijote son el estímulo constante que obra en la disposición de Sancho.

Y si por una parte la conversación del señor y el criado es la manifestación de una fina obra educativa, por otra parte puede tomarse también como paradigma del estímulo del grande en la incorporación del humilde a las manifestaciones altas de la vida humana.

Tal vez pudiera pensarse que el valor paradigmático del influjo quijotesco sobre Sancho queda disminuido por la dificultad del contacto personal entre el hombre superior y el gran número de hombres vulgares. Empero, tal dificultad no es una razón contra el valor del contacto directo; es

28 Segunda Parte, cap. LXXIV.

29 Segunda Parte, cap. LXXIV.

más bien un acicate para buscar modos y caminos de relación entrañable entre los selectos y los adocenados; porque a la multitud se la incorpora a las empresas grandes de la mano y en comuni-

dad con los hombres superiores, o, convertida en masa, esteriliza y arrolla, con la fuerza de su densidad física, cualquier esfuerzo que se ponga al servicio de un levantado ideal. ■